

pas Novaciano, Ursiano y Eulalio, y con mas de cien herejías. Debe entenderse por cisma (lo que entonces se entendia) el disentiendo por lo que mira á las personas, y por herejía las diferencias en las doctrinas.

Las herejías del primer siglo fueron de tres clases: pertenecian las primeras á algunos impostores, que pretendian ser el verdadero Mesías, ó por lo menos una inteligencia divina que poseia la virtud de los milagros; las segundas procedieron de esos entendimientos superficiales que recurrían al sistema de las emanaciones para explicar los prodigios de los apóstoles: las terceras fueron el producto de la imaginación de ciertos visionarios que veían en Jesucristo un genio bajo la forma de un hombre, ó un hombre dirigido por un genio: decían tambien que Jesucristo habia enseñado dos doctrinas, la una pública y la otra secreta; mutilaban los libros del Nuevo Testamento, componían evangelios falsos, y falsificaban epístolas de los apóstoles. En estas tres clases de herejes sobresalen Simon, Dositeo, Menandro, Teodoto, Gorteo, Cleóbulo, Himeneo, Fileto, Alejandro, Hermógenes, Cerinto, los Ebionistas y los Nazarenos. Casi todas las herejías del primer siglo fueron de origen judío.

En el siglo II las herejías se convirtieron en griegas y orientales. Varios filósofos del Asia habian abrazado el Cristianismo, y le comunicaron las ideas especulativas con que se habian alimentado: la doctrina de los dos principios, la creencia de los genios, las emanaciones caldeas, y en una palabra todo lo abstracto del Oriente, modificado por la filosofía griega, amasada y reamasada en la escuela de Alejandria. Hubo tambien reformadores del Cristianismo, que á su parecer se hallaba ya alterado: Montano, Praxeas, Marcio, Saturnino, Hermías, Artemas, Basilides, Hermógenes, Apeles, Caliano, Hárceo, Cerdon, Severo, Bardesano y Valentin fueron los herejes mas célebres de aquella época.

Praxeas, que pertenecia á la herejía de Montano sostenia que Dios Padre era el mismo Jesucristo, y que por consecuencia habia sufrido. Los discípulos de Praxeas fueron llamados *Patropasianos*, porque atribuían al Padre lo mismo que al Hijo la pasión y la cruz (20).

Valentino, siguiendo al espíritu griego que todo lo personificaba, trasformaba los nombres en personas: los siglos que en la Escritura se llaman Eonos ó Aionos, se convertían en seres que cada uno tenia su nombre. El primero, Eono se llamaba *Proono*, preexistente, ó *Bithos*, profundizador, habia vivido largo tiempo desconocido con *Ennoia*, el pensamiento, ó *Charis*, la gracia, ó *Sige*, el silencio. *Bythos* engendró con *Sigé á Nous* ó la inteligencia, su hijo único. *Nous* fue padre de todas las cosas: *Nous* dió á luz otros dos Eonos, *Logos y Zoe*, el verbo y la vida: de *Logos y Zoe* nacieron *Athropos y Ecclesia*, el hombre y la iglesia. En fin, despues de treinta Eonos, que formaban el *Pleroma*, ó la plenitud, hallábase la virtud del *Pleroma*, *Horos* ó *Stauros*, el término ó la cruz (21). Esta teología se extendía mucho mas lejos; pero el entendimiento humano tiene locuras demasiado numerosas para que las sigamos en todas sus modificaciones.

En el tercer siglo la filosofía griega continuó sus plagios sobre el Cristianismo: los hombres que pasaban sin cesar de las escuelas de Atenas y de Alejandria á la religión evangélica, procuraban hacer á esta *natural*, es decir, que se esforzaban en explicar los misterios, con objeto de responder á las objeciones de los paganos. Esta falta vergonzosa del entendimiento produjo los errores de Sabelio, de Noet, de Hierax, de Berylle y de Pablo de Samosata, contándose tambien las de los Ofitas, de los Cainitos, de los Setianos y de los Melquisedecianos.

Manes, cuya herejía principió hácia el año 277,

era un esclavo llamado Curbico, por sobre nombre Manes, lo cual significaba en persa el *arte de la palabra*, en la que pretendía descollar Manes. Tuvo por discípulo á Tomás, y trajo de la Persia la antigua doctrina de los dos principios: el buen principio es la luz, el mal principio las tinieblas. El mundo era la invasión del mal principio, ó del principio tenebroso, en el principio bueno ó luminoso. Manes infiltraba su doctrina en el Cristianismo por la historia de la tentación del hombre, obra de Satanás, y por la misión de Jesucristo, enviado por el buen principio para destruir la acción de Satanás ó del mal principio (22).

Los herejes procuraban con mucha frecuencia volver á entrar en el seno de la Iglesia; no se les negaba pero habia desidencias sobre las condiciones de su reintegración: otro manantial de cismas hubo que lamentar en el siglo III, de los que uno de los mas conocidos fue el de los novacianos.

Distínguese el siglo IV por la gran herejía de Arrio. El mundo filosófico se habia convertido en aquella época en neoplatónico; el neoplatonismo no hallaba ya contradictores, y se aproximaba á la teología cristiana, á la cual se habia asemejado. Habiendo pasado el poder político al lado de los cristianos, las herejías afectaron el carácter de la dominación y las costumbres del palacio; intentaron reinar y se encumbraron en efecto al solio con Constancio; pero sirvieron de escalón al paganismo para que recobrara por un momento la púrpura con Juliano. Habiendo dividido Constancio la doctrina ortodoxa por medio del arrianismo, pareció muy natural que la religión se mudase en el reino de Juliano como se habia mudado en el de Constancio, y que el uno obligase á sus súbditos á adoptar su comunión, así como el otro lo habia hecho.

Sabelio habia establecido la distinción de las Personas de la Trinidad; Marcio y Cerdon reconocían tres sustancias increadas: Arrio quiso conciliar estas opiniones haciendo de la Trinidad tres sustancias; pero sentando por principio que el Padre solo era increado, venía á ser el Verbo una criatura, y Macedonio negó despues la divinidad del Espíritu Santo. La palabra *consustancial* se inventó para separar las sutilezas de los arrianos; palabra latina que no traducía exactamente la famosa palabra griega *Homoousios*, empleada por los padres de Nicea. Eusebio y Teognis se valieron de una superchería al suscribir el símbolo (23): introdujeron una *j* en la palabra *homoousios*, y escribieron *homojousios*, semejante en sustancia, en vez de la misma sustancia. Armáronse disputas sobre esta jota, que ocasionó infinitas persecuciones é hizo correr mucha sangre. San Hilario, con la rectitud y el raciocinio de los pueblos occidentales, admitió ambas expresiones, diciendo que nada podia ser semejante segun la naturaleza que no fuese de la misma naturaleza (24). El arrianismo dividido en varias ramas, eusebiana, semi-arriana, etc., pasó de los Romanos á los Godos; su carácter participaba de fastuoso, de violento y cruel. Arrio, su fundador, era sin embargo un hombre dulce aunque obstinado; sabido es que el antagonista de Arrio fue el famoso Atanasio.

Con Arrio vinieron tambien en el siglo IV los reformadores, que atacaron la disciplina de la iglesia y el culto de la Virgen: por la austeridad de las costumbres llegaban á la depravación. Cuéntanse Helvidio, Bononio, Andeo, Colatho, Joviniano, Prescilio y otros muchos.

El siglo V vió las herejías concentradas en los prelados, y estalló la del violento Nestorio, obispo de Constantinopla. Negó la unión hipostática, admitiendo no obstante la encarnación de Cristo, pero diciendo que no habia salido del seno de la Virgen. El Oriente se dividió; hubo concilios contra concilios, anatemas contra anatemas, persecuciones, deposicio-

nes y destierros. Despues del concilio de Efeso triunfó el nestorianismo: no tardó Eutiques en combatir á Nestorio y reemplazar un error por otro. El nestorianismo suponía dos personas en Jesucristo; Eutiques, por otro exceso, suponía que las dos naturalezas del Hombre-Dios, la naturaleza humana, y la naturaleza divina, estaban de tal suerte reunidas que no componían sino una sola. Los frailes habian sostenido contra los nestorianos la maternidad de la Virgen, y se alistaron casi todos bajo las banderas de Eutiques. El imperio de Oriente, cima de todas las herejías, continuó engolfándose en tan deplorables sutilezas. Los patriarcas de Constantinopla adquirieron un poder que les facilitaba disponer de la púrpura. Despues de Eutiques, algunos frailes escitas, en el siglo VI, sentaron por principio que una de las personas de la Trinidad habia padecido: en el siglo VII reinaron otras quimeras: en el VIII Leon Isauriano dió origen á la secta de los iconoclastas; y finalmente, hácia la mitad del siglo IX se estableció el gran cisma de los Griegos.

El Occidente, asolado por los Bárbaros en el siglo V, dió á luz herejías que trascendían á infortunio; algunos cristianos oprimidos idearon una causa ciega para explicar los padecimientos no merecidos en apariencia: Pelagio, fraile breton que habia viajado mucho, fue el autor de un nuevo sistema, en el que suponía al hombre capaz de llegar al grado supremo de perfección por sus propias fuerzas. Desde esta altura estóica, fácil era deslizarse á ese ciego rigor del destino que cae sobre el justo sin abatirle. Arrastrado Pelagio de consecuencia en consecuencia, al paso que aparentaba admitir la eficacia de la gracia, veíase obligado á negar esta necesidad, y á rechazar la fuerza del pecado original que hubiera destruido la posibilidad de la perfección sin la gracia. Juliano, obispo de Eclana, sucedió á Pelagio. Los semi-pelagianos engendraron la predestinación; sostenían que la caída de Adán suspendió el libre albedrío, y que Jesucristo no habia muerto por todos: el resultado era la condenación eterna y la salvación eterna forzadas por la presciencia de Dios. Esta herejía duró largo tiempo (25), llegando hasta Gohescala y aun hasta Juan Escoto-Erigenes.

En el sexto, séptimo, octavo y nono siglos la unidad siempre creciente de la Iglesia católica, y la autoridad de Carlo-Magno, disminuyeron las herejías dogmáticas; pero se formaron herejías de imaginación: tuvieron su origen en una nueva especie de maravillas dantadas de los falsos milagros de las vidas de los santos, del poder de las reliquias, y del carácter crédulo y guerrero próximo á crear la edad media. La luz clásica arrojó un rayo que se perdió entre las tinieblas del siglo IX, y produjo una superstición escusable al menos; un sacerdote de Maguncia probó que Ciceron y Virgilio se habian salvado. El estudio de la Escritura originó discusiones sutiles sobre el nombre de Jesús, la palabra Querubin, el Apocalipsis, los Números aritméticos y el parto de la Virgen. Tal fue aquella larga cadena de mentiras, locuras ó puerilidades.

Pasemos de las doctrinas á los hombres, del cuadro de las creencias á la pintura de las costumbres, y de la herejía al heresiarca: rara vez acontece que los errores del entendimiento no tuerzan la rectitud del corazón, y que un error no engendre un vicio.

Marco, discípulo de Valentin, seducía á las mujeres pretendiendo comunicarles el don de la profecía; hacíase amar de ellas apasionadamente, y le seguían por todas partes. Sus discípulos (26) poseían el mismo talismán, y bandadas de mujeres iban tras ellos en las Galias. Llamábanse *perfectos*, y pretendían haber llegado á una virtud indecible. Segun ellos, el dios Sabaoth tenia por hijo á un diablo, de quien Eva habia tenido á Cain y á Abel.

Los Docitas maldecían la unión de los sexos, di-

ciendo que el *fruto prohibido* era el matrimonio, y los *vestidos de piel*, la carne que viste al hombre (27).

Los Carpocracianos, discípulos de Carpocrates, sostenían que el alma era todo, que el cuerpo nada era, y que podia hacerse del cuerpo cuanto se quisiese. Epifanio predicaba la misma doctrina, y de aquí vino el que estos heresiarcas restableciesen entre sí la igualdad y la comunidad de la naturaleza. Oraban desnudos, como una prueba de libertad; tenían horror al ayuno; daban banquetes, se bañaban y se perfumaban. Los bienes y las mujeres eran propiedad comun, y cuando recibían huéspedes el marido ofrecía su compañera al extranjero. Concluido el banquete apagaban las luces, y se abismaban en los desórdenes y excesos de que calumniaban á los primeros cristianos; pero disminuían cuanto era posible la generación, porque siendo el cuerpo infame, no era oportuno reproducirlo (28).

Montano corria el mundo con dos profetisas, Prisca y Maxinila: llamábase espíritu-santo, y continuador de los profetas. Las devociones de los Montanistas eran de un rigor excesivo.

Pablo de Samosata se creó una fortuna inmensa con el comercio de sus errores. En las asambleas eclesiásticas se sentaba en un trono, y al hablar al pueblo se golpeaba el muslo con la mano y entonaban cánticos en alabanza suya.

En Africa, en medio de los Donatistas se formaron los Circunceliones, hombres furiosos que robaban las cabañas de los campesinos, aparecían en medio de las poblaciones y de los mercados, ponían en libertad á los esclavos, y abrían las puertas de las cárceles á los presos por deudas. Mataban á los Católicos con palos, que llamaban *israelitas*, y daban principio á sus matanzas cantando: *¡alabado sea Dios! A semejanza de algunos discípulos de Platon, dominados por el frenesí del suicidio, dábanse la muerte ó se la hacían dar á precio de dinero. Hombres, mujeres y niños, se arrojaban á precipicios ó hogueras (29).*

Muchos concilios, y entre ellos el de Nicea, imponen penas contra los eunucos voluntarios. A imitación de Orígenes se habia formado una secta entera de aquellos hombres degradados, á quienes llamaban valerianos: mutilaban no solo á sus discípulos, sino tambien á sus huéspedes (30), y acechaban á los extranjeros en los caminos para librarlos de los peligros de la voluptuosidad. Habitaban mas allá del Jordán, á la entrada de la Arabia (31).

Los Gnosticos dividían la especie humana en tres clases; los hombres materiales ó hílitos, los hombres animales ó priquiúquicos, y los hombres espirituales ó pneumáticos. Los Gnosticos se subdividían á sí mismos en una multitud de sectas; la de los Ofitas veneraba á la serpiente por haber prestado el mayor servicio á nuestro primer padre, dándole á comer el árbol de la ciencia del bien y del mal. Tenían una serpiente encerrada en una jaula, y el día que suponían ser el de la seducción de Eva y de Adán, abrían la puerta al reptil, que se deslizaba sobre una mesa, y se enroscaba á la torta que le presentaban; esta torta era la eucaristía de los Ofitas (32).

Los Gnosticos de otra especie creían que todos eran seres sensibles, y se dejaban casi morir de hambre por temor de herir á una criatura de Dios. Cuando se veían obligados por fin á tomar un poco de alimento, decían al trigo: «No soy yo quien te ha molido, quien te ha amasado, quien te ha puesto en el horno ni cocido.» Rogaban al pan que les perdonase, y lo comían con piedad y remordimientos.

Los Priscilianos, cuya doctrina era una mezcla de la de los Maniqueos y de los Gnosticos, anulaban los matrimonios por odio á la generación, porque la carne no era obra de Dios sino de los ángeles malos: reuníanse de noche hombres y mujeres, oraban desnudos como los Carpocracianos, y se entregaban á mil

y mil excesos justificados siempre por la vileza del cuerpo (33). España, infestada con esta secta, se convirtió en una escuela de impudicia.

La Iglesia hacia frente á todas estas herejías; su lucha perpetua nos da la razon de aquellos concilios, de aquellos sínodos, de aquellas asambleas de distintos nombres y de todas clases que encontramos desde el nacimiento del Cristianismo. Es cosa prodigiosa la actividad incansable de la comunidad cristiana: ocupada en defenderse de los edictos de los emperadores y de los suplicios, viéndose al propio tiempo obligada á combatir contra sus hijos y sus enemigos domésticos. Tratábase en verdad de la existencia misma de la fe; si no se hubiesen estirpado continuamente las herejías del seno de la Iglesia, por medio de cánones, y no hubiesen sido denunciadas y anatematizadas en los escritos, los pueblos no hubieran sabido ya á que religion pertenecian. Rodeado de las sectas, que se hubieran propagado sin obstáculos y ramificándose hasta lo infinito, habríase perdido el principio cristiano en sus numerosas derivaciones, cual le pierde un rio en la multitud de sus canales.

De este análisis resulta que las herejías se impregnaron del espíritu de los siglos en que se sucedieron. Sus consecuencias políticas fueron inmensas: debilitaron y dividieron el mundo romano: los frailes arrianos abrieron la Grecia á los Godos, los Donatistas el Africa á los Vándalos; y para sustraerse á la opresion de los Arrianos, los obispos católicos entregaron la Gália á los Francos. En Oriente el nestorianismo arrojado á la Persia, pasó á las Indias, y fue á unirse al culto de Lama, y á constituir en los altares de un dios extraño la gerarquía y las órdenes monásticas de la Iglesia cristiana y originó tambien la especie de poder problemático y fantástico del Preste-Juan. Por otra parte, una porcion de sectas variadas que proscibían el fanatismo griego, se refugiaron confundidas en Arabia: de la confusion de sus doctrinas, profesadas juntamente en el destierro, y confeccionadas por la imaginacion oriental, salió el mahometismo, herejía judaico-cristiana, en la que el odio ciego contra los adoradores de la cruz, se compone de los odios diversos de todas las infidelidades con que se formó la religion del Alcorán.

Mirando las cosas desde mas alto en sus relaciones con la gran familia de las naciones, las herejías no fueron mas que la verdad filosófica, ó la independencia del entendimiento del hombre, negando su adhesion á la idea adoptada. Tomadas en tal sentido, las herejías produjeron efectos saludables; ejercitaron el pensamiento, evitaron la barbarie completa, manteniendo despierta la inteligencia en los siglos rústicos y mas ignorantes, conservaron un derecho natural y sagrado, el derecho de elegir. Siempre habrá herejías, porque el hombre que nace libre, hará siempre elecciones. Aun en el caso de que la herejía repugne á la razon, justifica una de nuestras facultades mas nobles, la de inquirir sin registro y de obrar sin trabas.

TERCERA PARTE.

COSTUMBRES DE LOS PAGANOS.

Un paganismo prolongado é instituciones contrarias á la verdad humana, habian introducido la gangrena en el corazón del mundo romano. El Evangelio podía producir santos aislados, y familias piadosas, caritativas y heroicas; mas no podía estirpar súbitamente un mal arraigado por una civilizacion antinatural. El Cristianismo reformó las costumbres públicas antes de purificar las costumbres privadas; corrigió las le-

yes, y estableció los dogmas de la moral universal antes de obrar eficazmente sobre la generalidad de los individuos. Así hemos visto la esclavitud, la prostitucion, la exposicion de los recién nacidos, los combates de los gladiadores, prohibidos legalmente por Constantino y sus sucesores (efecto glorioso del encumbramiento del Cristianismo al poder); pero hemos hallado tambien el mismo fondo de corrupcion en el trono. Los emperadores, es cierto, no se hacian ya culpables de aquellas infamias cínicas con que se mancillaron á la faz del sol, como Tiberio, Calígula, Neron, Domiciano, Commodo y Eliogábalo; pero comenzaron los crímenes interiores de palacio, una depravacion secreta, una vida de intrigas, y un sistema en fin que se parecia mas á las cortes modernas: lo único que el Cristianismo pudo hacer al pronto fue obligar á los vicios á ocultarse.

La corrupcion del imperio romano dimanó de tres causas primordiales: el culto, las leyes y las costumbres; y como aquel imperio encerraba en su seno una multitud de naciones situadas en diferentes climas, y que habian llegado á distintos grados de civilizacion, todas estas naciones mezclaban sus corrupciones particulares á la del pueblo dominador; de aquí provino que el Egipto comunicase á Roma sus supersticiones, el Asia su molice y el Occidente y el Norte de Europa su desprecio á la humanidad.

La sociedad romana hablaba dos lenguas, y se componia de dos genios: la lengua latina y la griega, el genio griego y el latino. La lengua latina se concretaba á una parte de la Italia, á varias colonias africanas, ilirias, dáccicas, galas, germánicas y bretonas, mientras que Alejandro habia llevado su lengua materna hasta los confines de la Etiopía y de las Indias: servia de idioma intermedio entre los pueblos que no se entendian, y hablábanla en Roma hasta los esclavos y los que vendian yerbas. El genio griego comunicó á los Romanos la corrupcion intelectual, las sutilezas, la mentira, la vana filosofia, y cuanto menoscaba la sencillez natural; el genio latino entregó á estos mismos Romanos á la corrupcion material, á los excesos de los sentidos, á la licencia, y á la crueldad.

Si pasamos de estas generalidades al exámen particular de la religion, de las leyes, y de las costumbres encontramos á la idolatría perfectamente calculada para autorizar los vicios: el hombre no hacia mas que imitar las acciones de los dioses (1). Júpiter sedujo á una mujer transformándose en lluvia de oro; ¿por qué yo, misero mortal, no he de hacer otro tanto? (2). Ovidio (y la autoridad es original) no quiere que las doncellas vayan á los templos por que verian allí á cuantas hizo madres Júpiter (3). Las mujeres se prostituian públicamente en el templo de Venus en Babilonia (4). En la Armenia, las familias mas ilustres consagraban sus hijas vírgenes aun á aquella diosa (5). Las mujeres de Byblis que no consentian cortarse los cabellos en el luto de Adonis, para lavarse de esta impiedad, tenian que entregarse un dia entero á los extranjeros. El dinero que dimanaba de tan santa mancha, se consagraba á la diosa (6). Las doncellas de la isla de Chipre corrian á la orilla del mar antes de casarse y ganaban con el primero que se presentaba el dinero de su dote (7).

Nada habia mas célebre que el templo de Corinto, que contenía mil ó mil doscientas prostitutas consagradas á la madre de los amores. Aquellas cortesanas eran consultadas y empleadas en los negocios de la república como las vestales (8).

Luciano, en los *Diálogos de los dioses*, censura riéndose las torpezas de la mitología. Juno se queja á Júpiter de que ya no la acaricia desde que ha robado á Ganímedes: Mercurio se burla con Apolo de la aventura de Marte, encadenado por Vulcano en los brazos de Venus, y Venus incita á París al adulterio, diciéndole: «Helena no es negra, puesto que nació de

un cisne; ni grosera, pues estuvo encerrada en la cáscara de un huevo. Tengo dos hijos: el uno hace amable el objeto, y el otro inspira amor; pondré al primero en tus ojos, y al segundo en el corazón de Helena, y te enviaré las Gracias por compañeras juntamente con el Deseo.» Mercurio dice á Pan: «¿Con qué acaricias á las cabras?»

Los ladrones, los homicidas y demás tenian sus protectores en el cielo. «Hermosa Laverna, enséñame el arte de engañar, y que me crean justo y santo» (9).

Los misterios de Adonis, de Cibele, de Priapo y de Flora, se representaban en los templos y en los juegos consagrados á las mismas divinidades. Veíase á la luz del sol lo que se oculta en las tinieblas, y el sudor del oprobio helaba alguna vez el infame denuedo de los actores (10).

El órden legal, en armonía con el órden religioso, convertía estos desórdenes en costumbres aprobadas. Pensábase sin duda que la ley Escantinia era rigorosa porque exceptuaba tan solo de la prostitucion pública á los *Mancebos de calidad*. Incluía en el tesoro el tributo que pagaban las prostitutas, y Alejandro Severo aplicó aquel dinero á la reparacion del circo y de los teatros (11).

En una sociedad en que diez millones escasos de hombres, disponian de la libertad de mas de ciento veinte millones de sus semejantes, se concibe la facilidad con que podian satisfacerse los diferentes vicios. La esclavitud era un manantial inagotable de corrupcion: la única definicion legal del esclavo lo decia todo *Non tam vilis quam nullus*: no tan vil como nulo. El señor tenia derecho de vida y de muerte sobre el esclavo, y este no podía adquirir sino en provecho del señor. Leemos en el libro vigésimo primero del título primero del edicto *Ediles*, hablando de la venta de los esclavos: «Los que venden esclavos deben declarar á los compradores sus enfermedades y defectos: si son inclinados á la fuga ó á la vagancia, y si han cometido algun delito ó causado perjuicios. . . .»

«Si desde la venta ha perdido el esclavo algo de su valor, ó si por el contrario ha adquirido alguna cosa como una mujer que le haya parido un hijo. . . . si el esclavo se ha hecho culpable de un delito que merezca la pena capital; si ha intentado darse la muerte, si se ha empleado en combatir contra las fieras en la arena, etc.»

Inmediatamente despues de este título viene un artículo sobre la venta de los caballos y otros ganados que principia del mismo modo que el de la venta de los esclavos: «Los que venden caballos deben declarar sus defectos, sus vicios ó sus enfermedades, etc.»

Todas las miserias humanas se encierran en aquellos textos que los legistas romanos anunciaban sin sospechar siquiera la abominacion de semejante órden social.

Las crueldades ejercidas con los esclavos horrorizan: ¿rompiase un vaso? mandaban echar en los vivos de peces al criado torpe, cuyo cuerpo iba á engordar las murenas favoritas adornadas con anillos y collares. El señor hacia dar la muerte á un esclavo por haber herido al jabalí con un venablo, clase de armas prohibidas á la servidumbre (12). Abandonaban ó mataban á los esclavos enfermos; los esclavos agricultores pasaban la noche encadenados en los subterráneos: distribuíanles una poca sal, y no recibían el aire sino por una ventanilla estrecha. El dueño de un siervo podía condenarle á las fieras, venderlo á los gladiadores, y obligarle á cometer acciones infames. Los Romanos castigaban con el trato mas cruel, por la mas ligera falta, á las mujeres destinadas á su servicio. Si un esclavo mataba á su dueño, perecian con el culpable todos sus compañeros ino-

centes. La ley *Petronia*, el edicto del emperador Claudio, los esfuerzos de Antonino el Píadoso, de Adriano y de Constantino, fueron ineficaces para remediar estos abusos que estirpó el Cristianismo.

El instinto de la crueldad romana se encuentra en las penas aplicables á los crímenes y á los delitos. La ley prescribía el castigo de la cruz (á la que substituyó la horca) (13), el fuego, la decapitacion, el precipitar á los reos, el abogamiento en la cárcel, los azotes hasta morir, el entregarlos á las fieras, los trabajos en las minas, el destierro á las islas, y la pérdida de la libertad.

En los primeros tiempos colgaban al culpable, con la cabeza envuelta en un velo, de unos árboles llamados malhadados y maldecidos por la religion, tales como el álamo (14), el aliso y el olmo, reputados como estériles. No se podía dar la muerte sino con la cuchilla, no con el hacha, la espada, el puñal y el palo: la muerte por el veneno ó por la privacion de alimentos permitida al pronto, fue prohibida despues.

Estaban exceptuados del tormento los militares y las personas ilustres ó distinguidas por su virtud; estas trasmitían el privilegio á su posteridad hasta la tercera generacion. Tambien se sustraían del tormento los hombres libres de estirpe no plebeya, excepto en el caso de ser acusado del crimen de lesa magestad contra el primer gefe del Estado; pero el pavor de los tiranos y la vileza de los jueces, implicaban esta acusacion en todas las causas.

Los tormentos se reducían al potro, que estiraba los miembros y separaba los huesos del cuerpo, á las planchas de hierro candente, á los garfios con que arrastraban (15), y á las garras con que despedazaban. Un mismo hombre podía ser puesto repetidas veces en el tormento: y si varios individuos eran acusados del mismo crimen, daban principio á los tormentos por el mas tímido ó el mas jóven (16).

No bastaban aun estas invenciones horribles de la inhumanidad, y se dejaban el arbitrio del juez (17) los limites de los tormentos. De aquí nació esa arbitrariedad de los suplicios, de que he hablado ya anteriormente.

Antes de aplicar á los esclavos el tormento, el acusador depositaba el precio de ellos, y el gobierno confiscaba los esclavos que sobrevivían cuando se habian declarado contra sus señores (18).

Pasemos de esta narracion sucinta de la perversidad de Roma pagana por la religion y las leyes, á la pintura de la corrupcion de las costumbres.

El único pueblo que haya convertido en tiempo alguno el homicidio en espectáculo, es el pueblo romano: unas veces eran los gladiadores, y aun las *gladiatrices* oriundas de familias nobles (19), que se mataban mutuamente para divertir al populacho mas abyecto ó deleitar á la sociedad mas escogida; otros los prisioneros de guerra á quienes armaban unos contra otros, y que se asesinaban en medio de las fiestas, por la noche, á la luz de las antorchas y en presencia de cortesanas enteramente desnudas; obligaban á los padres, á los hijos y á los hermanos á degollarse mutuamente para desvanecer el tedio de un Neron, y mejor todavia de un Vespasiano y un Tito.

Las panteras, los tigres, los osos, figuraban en estos juegos de los hombres por una justa igualdad y fraternidad. La muerte quiso aparecer un dia en medio del palenque con toda su opulencia, y presentó á la vez una multitud de leones: tantas bocas hambrientas hubieran carecido de pasto, si no se hubiesen encontrado felizmente los mártires para suministrar su sangre y su carne á aquellas cohortes del desierto. Inmoláronse once mil animales de diferentes clases despues del triunfo que Trajano obtuvo contra los Dacios, y diez mil gladiadores sucubieron en los juegos, que duraron ciento veintitres dias.

La ley romana extendía sus cuidados maternales á